

Artes plásticas

BARRAGÁN: DISCRECIÓN YAUSTERIDAD POR SALVADOR NOVO

Luis Barragán ha abandonado la construcción de edificios, que le rendía tanto dinero, por el deporte de la maquinación de jardines, que le procura tanta felicidad. Muy joven todavía, ya puede darse el lujo, generalmente reservado a los viejos, de mantener cancelado el desagradable problema de la subsistencia, y de poder seguir trabajando con asiduidad en aquello en que todo el mundo debiera trabajar, que es en lo que le guste hacer.

Ya un domingo yo había visitado el terreno que acaba de decorar en San Jerónimo, cerca de la fortaleza de Don Maximino. Es un terreno como de quince mil metros, bardado con piedra y con grandes trozos de pedregal en su interior. En vez de trazar un jardín convencional, Luis estableció grandes planos, unos con piso de tepetate, de cuyo amarillo surgen viejos árboles trozados y patéticos. Si uno sube a un grupo de rocas por la imperceptible pequeña escalinata

que le ha construido, contempla otro plano cuyo piso es de polvo de ladrillo, con otros grupos de árboles viejos. El pasto ha sido tratado para realzar los planos próximos a otras rocas, llega hasta su pie y les imparte una gloriosa dramaticidad. Hay uno o dos espejos de agua de fondo negro y, en el centro, una estatua rota y tirada, Narciso náufrago que se contempla entre las nubes y las ramas de aquella impresionante serenidad. La enorme barda ha sido oxidada para que se liguén los colores de la piedra con los de las mezclas que la fraguan, y a largos trechos, abre la pequeña sorpresa de una ventana amarilla, de otra azul, de otra verde.

Me impresionó tanto este extraño jardín, que le dije al ingeniero Berthaud que ya tenía un competidor insospechado y eminente en su profesión de paisajista. Pero este clásico se expresó con desdén de su colega Barragán. Dijo que ya sabía de las actividades de ese loco que anda echando a perder a los dueños de invernaderos porque les compra los árboles chuecos, enfermos y viejos que nadie les ha llevado nunca, y se los paga hasta a \$ 25.00. Lógicamente, don Chon y los demás razonan que si semejantes despojos forestales valen tanto, los árboles sanos y derechos tienen que valer mucho más, y así Luis Barragán resulta el culpable de que la carestía originada por la guerra haya alcanzado hasta artículos tan ajenos a ella como los árboles y los arbustos.

Esta mañana vino Luis por mí para mostrarme sus jardines y su casa de Tacubaya. De paso me ofreció dos o

tres sugerencias tan pertinentes como difíciles de aceptar o seguir, como no se decidiera uno a emprender otra vez una obra que ya considera más o menos concluida. Sugiere que borre todos los caminos del jardín, con pasto, y que puesto que no practico la natación, destruya la alberca.

Su casa de Tacubaya se erige sobre las que hasta hace dos años eran minas de arena. Cuando compró el terreno lo halló, en consecuencia, todo desnivelado, y no pudo construir un sólo y vasto jardín. En vez de ello, hizo varios pequeños, en distintos planos muy armoniosamente comunicados entre sí, y prescindió de las flores para entonar en verde su paisaje. Allí están los árboles chuecos, cuyos brotes al pie no permite que poden sus jardineros; allí una estupenda cortina de bambúes proyecta su cascada sobre un fondo de muro que a pesar de sus dos años de edad, ha envejecido siglos gracias a la sabia aplicación del sulfato de fierro que se funde con la humedad que le procura un canal exterior que Luis desborda sobre el muro periódicamente.

La casa es moderna sin estridencias, discreta y austera. Los amigos de Luis no entienden cómo es posible que prefiera contemplar desde sus ventanas las pobres casas de Tacubaya en vez de las elegantes construcciones de Polanco o las Lomas de Chapultepec.

Una última sorpresa reserva Luis a sus visitantes. Por una pequeña puerta hundida en el jardín, entra uno en las catacumbas. Son los tiros de las minas de arena que quedan dentro de su propiedad, y que sospecho que aún la rebasan, de manera que conforme se adentra uno en aquellas galerías subterráneas de vez en cuando iluminadas por un foco escondido entre piedras, quizá ya anda debajo de la calle. De repente, una visión teatral detiene al visitante; hay una verdadera columna de luz del sol al centro de una rotonda. Veinte o treinta metros arriba, unos cristales se abren y recibe aquella extraña luz, que entre sus próximos proyectos, Luis destina a iluminar de la manera más surrealista un esqueleto de caballo que ya le están armando.

De regreso a casa, llevé a Luis a presentar con los Tazzer. Cuando salimos, me hizo notar: "¿Se ha fijado usted en el aire de bondad, como de humanidad sin amargura, que tienen todos los dueños de invernadero? Son ciertamente distintos de todos los comerciantes."

de La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Avila Camacho, Empresas Editoriales, México, 1965, pp. 177-179.

